

CAPÍTULO SEGUNDO: DIOS AL ENCUENTRO DEL HOMBRE
ARTÍCULO 2: LA TRANSMISION DE LA REVELACION DIVINA
I LA TRADICION APOSTOLICA

Puntos (74-76)

(Monseñor José Ignacio Munilla - Programa 027 / 28-03-2011)

Entramos en un apartado nuevo que tiene como título “la transmisión de la revelación divina”. Es a partir del punto 74. El catecismo, después que ha terminado un artículo, hace como un breve resumen -en menos puntos obviamente- de lo que había expuesto de una manera más amplia. Los resúmenes nos lo saltamos puesto que de una manera más explícita ya hemos desarrollado su explicación, pues volver a explicar el resumen sería repetitivo, y por eso pasamos al punto 74 “la transmisión de la revelación divina”.

74 Dios “quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1 Tm 2, 4), es decir, al conocimiento de Cristo Jesús (cf Jn 14,6). Es preciso, pues, que Cristo sea anunciado a todos los pueblos y a todos los hombres y que así la Revelación llegue hasta los confines del mundo:

Dios quiso que lo que había revelado para salvación de todos los pueblos se conservara por siempre íntegro y fuera transmitido a todas las edades (DV 7).

Comienza pues con este texto de 1 Timoteo “Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad”. Dos afirmaciones en 1 Timoteo 2, 4. Es voluntad de Dios la salvación de todos los hombres y además de una forma determinada: conociendo la verdad.

Lo primero, que Dios quiere que todos los hombres se salven. Hay que recordar para entender tal cosa, que Dios ha querido que se salven libremente, porque cada uno podría decir “si Dios quiere que todos los hombres se salven, bueno pues que los salve Él, en su mano está salvarlos. Si Él es Dios...” Ya, pero cuando dice ese texto “Dios quiere que todos los hombres se salven”, está suponiendo que quiere que se salven libremente y que por lo tanto la salvación no solamente es cosa de Dios, sino que también es cosa nuestra. Supone nuestra colaboración, supone el que nosotros nos abramos a acogerla.

Siempre se ha distinguido en la teología católica entre dos cosas: la redención objetiva y la redención subjetiva. La redención objetiva refleja lo que Dios ha hecho para que nosotros nos salvemos, es decir, Dios nos salvó entregando su Hijo al mundo. Dios salvó al mundo entregando a su Hijo por nuestra salvación. Esa es la redención objetiva. Objetivamente hablando, estamos salvados en Cristo.

Ahora bien, hay otros tipos de textos bíblicos que subrayan la redención subjetiva. Es decir, eso Dios lo ha hecho, objetivamente hablando nos ha entregado la salvación en Cristo, nos ha salvado en Cristo. Pero subjetivamente hablando, ahora cada uno tiene que acogerlo, tiene que abrirse a ello. Ahora soy yo el que puedo rechazar la redención de Cristo o puedo acogerla.

Por lo tanto, esa expresión “Dios quiere que todos los hombres se salven...” ¿Es que podría ocurrir acaso que alguien se pierda en contra de lo que Dios había deseado para él? Pues sí, claro que sí. Claro que puede ocurrir, porque la decisión de Dios de hacernos libres conlleva que incluso nuestra libertad puede ser utilizada en contra de lo que es la voluntad de Dios.

Es impresionante tal cosa. Dios nos ha hecho libres incluso con la posibilidad de que utilicemos mal nuestra libertad en contra de la voluntad de Dios. Claro que entonces la pregunta posible es: bueno, ¿entonces para qué nos ha hecho Dios libres...? Porque claro, si haciéndonos libres podemos pecar, podemos negar el plan de Dios... Bueno, es que obviamente hay que decir una cosa, que es que la libertad del hombre en el fondo es crearnos a su imagen y semejanza, que llevemos impresa en nuestra naturaleza la imagen y semejanza de Dios. Y claro que esa libertad conlleva riesgos, pero también es verdad que posibilita una dignidad en el hombre infinitamente superior que si nos hubiese hecho a nosotros sin libertad como a los demás seres de la creación.

Yo suelo decir que una de las pruebas de que en este mundo hay más bien que mal, es que estoy convencido que Dios no hubiese creado al hombre libre si de ello no se hubiese derivado más bien que mal. Del hecho de que se haya creado libre al hombre se derivan posibles males, es verdad, pero del hecho de que Dios haya creado libre al hombre también se derivan muchos bienes, muchos episodios heroicos, muchas entregas al prójimo y a Dios que son conmovedoras. Dios sabiéndolo todo, siendo omnisciente, conociendo el pasado, el presente y el futuro, nos creó libres sabiendo que de ello se iban a derivar más bienes que males.

Es una explicación concreta. Dios quiere que todos los hombres se salven, pero nosotros podemos frustrar esa voluntad de Dios. Lo impresionante es que si el hombre se empeña en no aceptar la salvación de Dios, pues recuerdo en algún programa anterior haber utilizado aquí una expresión que suena fuerte, porque parece que es casi como si uno dijese una blasfemia, pero no lo es, literalmente hablando es cierta, que si el hombre no quiere salvarse, si se cierra a la salvación, “no le puede salvar ni Dios”. Dios tiene que respetar la decisión del hombre que se niega a salvarse.

Por lo tanto, la afirmación primera de 1 Timoteo 2, 4 “Dios quiere que todos los hombres se salven” y como lo quiere, va a hacer todo lo posible y lo imposible por ello. No cejará, no descansará. El hecho de que nos haya creado libres no quiere decir que la actitud de Dios sea decir “bueno, como eres libre pues allá tú”. No “allá tú” no, porque el celo y el amor respetarán la libertad del hombre, pero el hecho de que respete la libertad del hombre no quiere decir que Dios se vaya a cruzar de brazos. No, no se va a cruzar de brazos.

Una comparación que pongo a veces: en el trabajo pastoral, cuando le invitas a un joven a asistir por ejemplo a unos ejercicios espirituales, o asistir a un retiro, asistir a una peregrinación, y le estás intentando animar, entonces pues uno dice, “pues mira consúltalo en casa a ver qué te dicen ellos y tal...” y viene el joven de casa, y tú igual pues le preguntas a ese joven qué le han dicho en casa, y ahí se suele ver mucho qué tipo de padre, qué tipo de madre tiene... si vibran con la fe, si no vibran...

Y recuerdo así de mis años de trabajo pastoral en la parroquia, que por desgracia solía haber bastantes jóvenes que venían diciendo “bueno a mí me han dicho que haga lo que me parezca a mí, que yo soy libre, que ya soy mayorcito y yo tengo que elegir lo que a mí me parezca”. Otros venían diciendo “que yo tengo que decidir, pero me han insistido mucho en que sería bueno para mí que fuese...” Lo que quiero decir con esto es que no es únicamente decir “bueno, como Dios nos ha creado libres, pues ahora haces tú lo que te dé la gana...” No, es que obviamente tendrás que elegir tú, pero es verdad que yo no me voy a cruzar de brazos viendo como eliges mal, sino que yo voy a hacer todo lo posible para intentar convencerte, para intentar abrir tus ojos, para intentar enamorarte del bien y de la verdad.

Dios respeta nuestra libertad, pero intenta conducirla hacia el bien sin violentarla, por atracción, mostrando su bondad, su belleza para que así nuestra libertad sea atraída hacia el bien.

La segunda parte de 1 Timoteo 2, 4 dice “Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad”. Uno podía decir, “bueno, pero aunque el hombre no conozca la verdad también se puede salvar en su ignorancia”. Sí, eso puede ocurrir, que alguien que no conozca la verdad inculpablemente por su parte, porque nadie se la haya explicado, puede alcanzar la salvación porque en la medida en que él ha sido fiel a lo que ha conocido en conciencia, y nadie le ha mostrado la verdad, pues entonces Dios le juzgue desde el grado muy limitado de conocimiento que ha tenido de la verdad, se puede salvar también por ignorancia, etcétera... pero eso no podrá ser nunca el desiderátum, ese no es el deseo de Dios.

El deseo de Dios no es que la gente se salve por ignorancia. El deseo de Dios es que teniendo en cuenta la dignidad del hombre, nos salvemos conociendo la verdad, abriendo los ojos a la verdad. Y esto es importante, porque tiene sus aplicaciones concretas. Por ejemplo, yo le voy a predicar a alguien pues el evangelio de Jesucristo porque veo que está muy alejado del conocimiento de la verdad y que tiene actitudes en su vida muy contrarias a la dignidad del hombre... y digo “va, pero como él no es cristiano, pues mira total no peca, porque es que nadie le ha dicho que eso que está haciendo es una barbaridad, entonces pues casi mejor no predicarle que está haciendo mal, porque si le predico yo que está haciendo mal, pues entonces a partir de ahí ya no tiene excusa de que desconoce las cosas, casi más vale dejarle en su ignorancia, le dejamos en su ignorancia y así se salva más fácil...”. Ese tipo de razonamiento hay que rechazarlo totalmente, porque es que nosotros en la dignidad del hombre, estamos llamados a vivir abiertos a la verdad, y no de espaldas a ella.

Ese argumento de decir que será más fácil que un hombre se salve en la ignorancia que conociendo las cosas, no, es al revés, siempre será más fácil que el hombre se salve conociendo la verdad que ignorándola.

Imaginaos pues que en África hay tribus que viven totalmente ignorantes del mensaje de Jesucristo, de que ha sido la revelación del Padre enviada al mundo y viven en sus religiones animistas llenas de supersticiones, etcétera, con una serie de ritos y gurús que verdaderamente pueden llegar a esclavizar al hombre, con ritos de invocaciones de espíritus, haciendo sufrir tremendamente a las tribus, explotando a las personas... o viven por ejemplo en un régimen de poligamia, con todo lo que supone de falta de

respeto a la dignidad de la mujer, que los hijos crezcan sin ver un modelo de respeto entre sus padres... y va alguien y dice “bueno, pero para qué vamos a ir a predicar el evangelio a esas personas, porque si les predicamos el evangelio entonces a partir de esa predicación van a ser responsables del mal que hacen, más vale dejarles en su ignorancia y Dios les salvará por ignorancia...” Eso no es entender la revelación de Jesucristo. Dios nos ha enviado a su Hijo para que el hombre se salve, para que la salvación sea posible e incluso no solamente posible, sino sea más fácil, esté más en nuestra mano. Es mucho más fácil salvarse conociendo a Jesucristo que no conociéndole. Entre otras cosas porque conocer a Jesucristo, dignifica.

En ese ejemplo de tribus de África, pues les permitirá conocer a Jesucristo liberarse de todas las manipulaciones, de todas esas teorías espiritistas... etcétera, etcétera, etcétera. Y les permitirá vivir el matrimonio de una manera que dignifica al hombre y a la mujer, y los hijos crecen en una concepción de matrimonio estable. Con lo cual nosotros predicamos no solo el deseo de Dios de que el hombre se salve, sino que lo haga conociendo la verdad. No en la ignorancia, sino conociendo la verdad. Ese es el versículo de 1 Timoteo.

Seguimos adelante y dice que lo hacemos gracias al conocimiento de Cristo Jesús. Cristo Jesús de quien dice el Evangelio de San Juan que es “camino, verdad y vida”. Si Jesucristo es el camino, la verdad y la vida, lógicamente tendremos que darle a conocer al mundo. “Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre si no por mí”. Sería un pecado por parte nuestra que habiendo Dios Padre revelado el camino para llegar a Él, nosotros lo ocultemos. Pero, ¿quién eres tú para ocultarlo? ¿quién eres tú para no hacer todo lo posible para que ese camino de salvación se conozca?

Sería una gran irresponsabilidad por parte de quienes hemos recibido la revelación, esconderla. Si me permitís un ejemplo, imaginaos un padre que tiene cinco hijos, y llega el momento en el que al padre se le acerca la hora de su muerte, y no están con él los cuatro hijos pequeños, sino que únicamente está el mayor, el primogénito. Y entonces le llama a su lecho de muerte el padre al hijo mayor, y dice, “mira no están aquí tus hermanos, pero tú eres el hermano mayor. Te voy a dejar para ellos este testamento de sus bienes para ellos”, y entonces el hijo mayor recibe el encargo de transmitírselo a sus hermanos pequeños... imaginaos que muere el padre, y el hijo mayor dice “bueno, ya voy a dedicarme yo a ir ahora hablar a mis hermanos, a buscarles a cada uno, uno que no vive aquí, otro vive allá... no puedo estar yo llamándoles por teléfono, yo estoy muy ocupado... que no se hubiesen ido fuera, que se hubiesen quedado aquí...” Y no se lo transmite. Es un ejemplo, pero obviamente cometería un grave pecado, porque él ha sido elegido como primogénito, como hermano mayor, como instrumento, el vehículo para comunicar el testamento del padre a los demás. Por eso se insiste tanto en este texto, en ese compromiso moral que adquirimos de transmitir a todos la revelación hasta los confines del mundo.

Se termina el punto con un texto de Dei Verbum: “Dios quiso que lo que había revelado para salvación de todos los pueblos, se conservara por siempre íntegro y fuera transmitido a todas las edades”. La gracia de Dios, el amor de Dios, la misericordia de Dios, ha consistido en dos cosas: primero en revelarse, en comunicarse. Y segundo, en garantizarnos que eso que Él ha comunicado, eso que Él ha revelado se va a conservar, o sea que no se va a perder, porque podría ser un riesgo que Dios ponga en nuestras

manos su mensaje y nosotros como irresponsables que somos, pues terminamos por perderlo, terminamos por olvidarlo, por deformarlo... No. Dios no solo ha puesto en manos de la Iglesia su revelación, sino que es que además nos ha garantizado que su Espíritu Santo estará siempre con nosotros, para que esa revelación no se deforme, para que se mantenga íntegra, es la promesa de que el Espíritu Santo nos asistirá, nos asiste y que nos acompañará en esa encomienda que nos hizo de transmitir la revelación, predicarla, difundirla, hasta que Él vuelva en su gloria.

Continuamos pasando al punto 75. Estamos hablando sobre la transmisión de la revelación divina, y dice:

75 “Cristo nuestro Señor, plenitud de la revelación, mandó a los apóstoles predicar a todos los hombres el Evangelio como fuente de toda verdad salvadora y de toda norma de conducta, comunicándoles así los bienes divinos: el Evangelio prometido por los profetas, que El mismo cumplió y promulgó con su voz” (DV 7).

En la “plenitud de la revelación”, Dios Padre nos envía su Hijo Jesucristo. Es la plenitud de la revelación. Acordaos de ese texto del inicio de la Carta a los Hebreos que leíamos el otro día. Antiguamente Dios habló a nuestros padres a través de los profetas, pero en la plenitud de los tiempos nos habló a través de Jesucristo. Y dio a luz a la Iglesia, para encomendarle, -no solo encomendarle, para pedirle-, para mandarle con un imperativo suyo, porque es el imperativo del amor, que transmitiese esa revelación, que la guardase como un tesoro que Dios deposita en sus manos, y que la Iglesia está llamada a difundir. La razón de ser de la Iglesia es ésta, no es auto contemplarse, sino que es ser testigo de lo que ha recibido. “Gratis lo habéis recibido, dadlo gratis”.

La Iglesia por su propio espíritu fundacional, es totalmente deseo de donación, de salir de sí misma, de ir en búsqueda de la oveja perdida, es decir, que no haya ningún hijo que se quede sin recibir el testamento del padre. Por eso Cristo no solo entrega la revelación, sino que al entregar la revelación, obviamente funda la Iglesia. La funda, la da a luz.

Hoy existe un error bastante difundido en ambientes teológicos que viene a decir que Jesucristo no es que fundase la Iglesia, sino que puso algunas bases para que después posteriormente los apóstoles la fundasen... Quiero poner también un poco a vuestra consideración este error bastante extendido, como si Jesucristo no hubiese tenido una intención explícita de fundación de la Iglesia, como si Él mismo no hubiese dado los pasos sustanciales para ello.

Jesucristo fundó la Iglesia, claro que la fundó. Ahora, ya sabemos que la palabra “fundó” no podemos entenderla en el sentido moderno que hoy se entiende por la palabra “fundar”, porque nosotros por la palabra “fundar” entendemos un acto jurídico ante notario y levantando acta. Obviamente ya sabemos que no se entiende en ese sentido, pero cuando Jesucristo convoca a los doce apóstoles, y pone a Pedro como cabeza del colegio apostólico “tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia” y cuando les dice “id y bautizad y perdonad los pecados, id y proclamad el Evangelio...”. Y cuando insiste “aquellos que dejen por mí casa, o padre, hermanos...” Obviamente, Jesús ha dado a luz a la Iglesia, Jesús ha fundado la Iglesia.

Por eso no solo entregó la revelación y la dejó, digamos, de una manera desestructurada. No. Jesucristo entregó su revelación a una iglesia que tenía ya esa estructura de Iglesia y que era consciente que tenía que acoger, respetar y transmitir ese mensaje de la revelación.

Cuando se dice -por cierto una pequeña aclaración-, eso de que Jesucristo entregó su Evangelio al mundo... la palabra Evangelio se utiliza como un sinónimo de la revelación entera. El Evangelio... ¿qué se refiere únicamente a los cuatro Evangelios? ¿no se refiere a los Hechos de los apóstoles...? No, la palabra Evangelio ahí es utilizada como sinónimo de la palabra entera, también las cartas de san Pablo, etc. O sea, todo lo que ha sido reconocido por la Iglesia como Palabra de Dios. Indistintamente aquí, la palabra Evangelio, es sinónimo de Sagrada Escritura. No solo los cuatro Evangelios en la Sagrada Escritura. También el libro de los Hechos de los Apóstoles y la carta a los Hebreos, etc. etc.

Dice este texto que el Evangelio es “fuente de toda verdad salvadora y norma de conducta”. Es decir, que esa Palabra de Dios, esa revelación que se transmite es para nosotros tan importante, que es caer en cuenta de que en ella comienza un proyecto totalmente nuevo para nosotros. Porque es Dios el que nos ha hablado y para nosotros no es lo mismo. No es lo mismo partir de la opinión de los hombres, que obviamente serán contradictorias, de lo que es la voluntad de Dios para cada uno de nosotros, de lo que es la voluntad de quién nos ha creado, de quién nos ha redimido. ¿Qué quiere Dios de mí? ¿Os imagináis que nosotros pudiésemos tener una especie de línea directa en la que uno dice a ver qué quiere Dios de mí? Como esa tendencia ansiosa que tiene el hombre cuando recurre a las supersticiones para ver qué le dicen, qué le dicen las cartas. O una sesión espiritista. Existe esa tendencia a querer saber.

Claro que esa tendencia ha sido acogida por Dios y contestada en la revelación, no en las supersticiones. Dios nos ha revelado lo que quiere para nosotros y nos ha dicho lo suficiente. Es verdad que no nos ha transmitido curiosidades, pero nos ha dicho lo suficiente. Y todo hombre que quiera saber lo que Dios quiere de él, puede descubrirlo en la revelación que Dios le ha transmitido. Abriéndose a la revelación, entrando en camino de oración y de discernimiento, irá conociendo lo que Dios quiere para él. Por lo tanto el camino es éste, el camino no es el de la superstición, no es el de la ignorancia. El camino es el de abrirse a la revelación explicada por la Iglesia, discernida también por nosotros en la oración, en el acompañamiento personal que también la Iglesia nos hace, etc. Este es el camino. Pasamos al punto 76 que dice:

La predicación apostólica...

76 La transmisión del Evangelio, según el mandato del Señor, se hizo de dos maneras:

oralmente: “los apóstoles, con su predicación, sus ejemplos, sus instituciones, transmitieron de palabra lo que habían aprendido de las obras y palabras de Cristo y lo que el Espíritu Santo les enseñó”;

por escrito: “los mismos apóstoles y otros de su generación pusieron por escrito el mensaje de la salvación inspirados por el Espíritu Santo” (DV 7).

En la predicación apostólica después de la ascensión de Jesucristo a los cielos, hay como dos momentos: un primer momento en el que los apóstoles acogiendo la llamada que Jesús les había hecho de ir y predicar, comenzaron haciéndolo oralmente. Porque existía la escritura en aquel tiempo, pero no tenía la familiaridad que tiene entre nosotros en este momento. Era algo complicado. Suponía que había que hacerla de papiros que eran costosos y que no estaban al alcance de cualquiera, y suponía entrar en un cierto círculo digamos intelectual, del que no formaban parte los apóstoles.

O sea que la transmisión escrita era complicada y dificultosa, y la forma de comunicación a la que estaba totalmente acostumbrado el pueblo era la oral, por lo cual hubo unos años en los que la predicación de los apóstoles fue oral, antes de empezar a ponerse por escrito. Y se comenzó a poner por escrito cuando los apóstoles, que habían sido testigos del Señor, comenzaron a hacerse mayores y existía el riesgo de que ellos falleciendo, se quedase la comunidad cristiana sin los testigos directos de lo que Jesús había hecho, y empezaron a ponerlo por escrito. Por eso dice que la predicación apostólica tiene dos maneras: oral y escrita.

La predicación apostólica. ¿Cómo comenzó a transmitirse la revelación, la plenitud de la revelación en Jesucristo? Primero oralmente. A nosotros igual nos puede parecer que es una forma un poco insegura, porque tenemos esa experiencia de que cuando “alguien te dice que te han dicho, que dijo que dijo...” La sensación es que esto, no hay quien se fíe de ello. Me acuerdo que en algunos campamentos con los niños hemos hecho una especie de juego didáctico, en el que a los niños les hemos puesto en un círculo grande de veinte o treinta niños, y entonces el juego consiste que tú mismo te inventas una historia breve y se la cuentas al de la derecha, el de la derecha se la cuenta al que tiene a su derecha, y así se va dando la vuelta a todo el círculo hasta que regresa al punto de partida. Entonces suele ocurrir que de lo que tú dijiste a lo que te ha llegado, ha habido un cambio tremendo porque cada uno le añade lo suyo. Entonces uno puede sacar la siguiente conclusión: que la transmisión oral “que dicen que me ha dicho que dijo...” es muy insegura y así no se transmiten las cosas. O se ponen por escrito, o las palabras se las lleva el viento. No proyectemos en los demás lo que es un problema nuestro. Nosotros hemos llegado a ser una cultura en la que la palabra tiene en nosotros muy poca capacidad de transmisión fiel de las cosas. La palabra no tiene muchas veces valor si no está puesta por escrito.

Pero es que para entender los evangelios hay que remontarse a la cultura semítica y ser conscientes de que la transmisión oral tiene un valor de una importancia similar o incluso superior a la transmisión escrita. Es un pueblo el pueblo semítico, que tiene una asombrosa capacidad de fidelidad, primero de memorización. Una asombrosa capacidad de memorización de los textos antiguos. El pueblo judío era educado en el aprendizaje de todos los salmos, de los ciento cincuenta salmos y se los sabía. Se lo sabía de memoria y los recitaba, y la recitación memorística era la cultura en la que nacían los niños y crecían en ella. Tenían muchos artificios mnemotécnicos. Para poder aprender las cosas de memoria solían hacer determinados ritmos, paralelismos, etcétera, para que lo que aprendiesen pues tuviese ciertas reglas mnemotécnicas para quedarse con ello. Series de cierto número de elementos, palabras gancho, etc. para que la memorización se quede más fácilmente. Solían repetirla a modo pedagógico, la recitaban incluso semitonada, como murmurándola, para que de esa manera la retención cuando uno le pone un poco de musiquilla, parece que se queda más fácilmente con ella.

En el pueblo judío esto era muy frecuente. Se aprendía de memoria un texto oral para poder transmitirlo, y una vez que se aprende de memoria el texto, luego ya es más fácil explicarlo. Por eso sería un error que nosotros proyectando nuestra cultura en la que la transmisión oral es poco fiable, pensásemos que si los apóstoles predicaron oralmente las cosas, pues aquello tuvo que ser poco fiable. No. Tenía un grado de fiabilidad altísimo, porque formaba parte de su cultura la transmisión oral.

Por ejemplo, hay textos de San Pablo a los Corintios que son bien aleccionadores. Cuando él dice en 1 Corintios 11,23 “Porque yo recibí del Señor lo que os he transmitido. Que el Señor Jesús la noche que fue entregado tomó pan, y después de dar gracias lo partió y dijo esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros. Haced esto en recuerdo mío. Así mismo, también la copa después de cenar diciendo esta copa es la copa de la Alianza en mi sangre”. Pero es impresionante que comienza diciendo “porque yo he recibido del Señor lo que os he transmitido”. Es como diciendo “yo, ni he añadido ni he quitado”.

O por ejemplo 1 Corintios 15, 3 “Os recuerdo hermanos el Evangelio que os prediqué, que habéis recibido y en el cual permanecisteis firmes, por el cual también estáis salvados, porque os transmití en primer lugar lo que a mí vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras. Que fue sepultado y que resucitó al tercer día según las Escrituras. Que se apareció a Pedro y luego a los doce...” etcétera.

Con qué fuerza Pablo predica “yo os he transmitido lo que a su vez he recibido, no lo invento desde mi subjetividad. Hay una obligación muy grande de conformarse a la objetividad de lo que se me ha transmitido”.

También hay también hay otros textos que son muy curiosos en los que aunque San Pablo no diga literalmente esto, hace referencia a que eso ya lo dijo el Señor. Por ejemplo en Mateo 5, 32 dice “pues yo os digo que todo el que repudia a su mujer excepto el caso de fornicación, la hace adúltera y el que se case con una repudiada comete adulterio”. Luego uno está leyendo la carta de San Pablo a los Corintios, 1 Corintios 7,10 y dice “en cuanto a los casados les ordeno, no yo, sino el Señor, que la mujer no se separe del marido”. Fijaos que dice “les digo, pero no les digo yo, sino que lo dijo el Señor”. Fíjate como San Pablo había leído aquel texto que ahora está recogido en Mateo 5, 32. Es decir, él había escuchado esa predicación de Jesús, en que Jesús se posicionaba en contra del divorcio, diciendo “y en cuanto a los casados os digo, no yo, sino que lo dice Jesucristo, que el que matrimonio no se separe...” etcétera.

O sea que está claramente refiriéndose a la misma tradición de Jesús, aunque no cite la misma frase. Es hermoso ver cómo Pablo cuando predica, predica. Y eso que tenía un gran carisma y podía haber tendido un tanto a innovar... No, pero nada de innovaciones. Él era totalmente fiel a transmitir lo que había recibido de Jesucristo. Eso es algo sagrado para él.

Y al mismo tiempo, dice por escrito. O sea que pasada esa fase de transmisión oral, llega la fase en la que entienden que hay que poner por escrito todo aquello. Es frecuente encontrar en los evangelios, por ejemplo en la conclusión, prácticamente en el epílogo del Evangelio San Juan, que dice “muchos otros signos que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de sus discípulos. Estos han sido escritos para que creáis

que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios. Y para que creyendo tengáis vida en su nombre”. Más tarde dice “muchas otras cosas hizo Jesús. Si se escribieran una por una, pienso que ni el mundo entero podría contener los libros que habría que escribir”.

Los Evangelios también hacen referencia al momento en el que la tradición oral se pone por escrito. Supongo que algún oyente podrá decir: “a ver, y todo lo que Jesús había predicado, y todo lo que había pasado a formar parte de la tradición oral, de lo que se contaba, bien sea mediante relatos aprendidos de memoria de las palabras de Jesús, himnos litúrgicos, porque había distintas maneras de guardar memoria de todo lo que había hecho a Jesús... ¿todo eso se puso por escrito? ¿todo?” Pues obviamente, todo no se pondría. Sin duda alguna, algunas cosas quedarían sin ponerse por escrito. La prueba es que los evangelistas sustancialmente cuentan lo mismo, no es que literalmente digan lo mismo, se complementan. También alguno cuenta cosas que el otro no contó.

Existe más de un texto en las cartas de Pablo y en Hechos de los Apóstoles, en los que se hace referencia a alguna cosa que dijo Jesús que quedó sin recogerse los Evangelios. Por ejemplo, ese pasaje que dice “como dijo el Señor, más alegría hay en dar que en recibir”. Eso no había quedado recogido los evangelios. Es curioso, se ve que los apóstoles en ese momento echaron mano de la predicación oral que por lo que sea, no había quedado por escrito. “Como decía el Señor, más alegría hay en dar que en recibir”. Bien, pero eso lo decía el Señor, y lo sabemos porque está contado en el Nuevo Testamento, pero en concreto, ese versículo no había quedado recogido en los evangelios.

Es decir, que no quiere decir que quedase recogido por escrito todo lo que Jesús había dicho. Un poco exagerando dice san Juan “es que si se hubiese recogido todo, todo, no habría sitio en el mundo para todos los libros...” Bueno, es una exageración, pero es como diciendo “soy consciente que yo he puesto por escrito lo sustancial, lo fundamental, pero era imposible poner por escrito todo”.

También era imposible transmitir oralmente todo lo que había dicho Jesucristo. Pero sin duda alguna, la predicación apostólica pone por escrito lo sustancial de la predicación oral, y la predicación oral ha transmitido lo sustancial de lo que dijo Jesucristo. Estamos hablando de la Tradición Apostólica y cómo se transmite esa revelación a través de ella. Lo dejamos aquí.